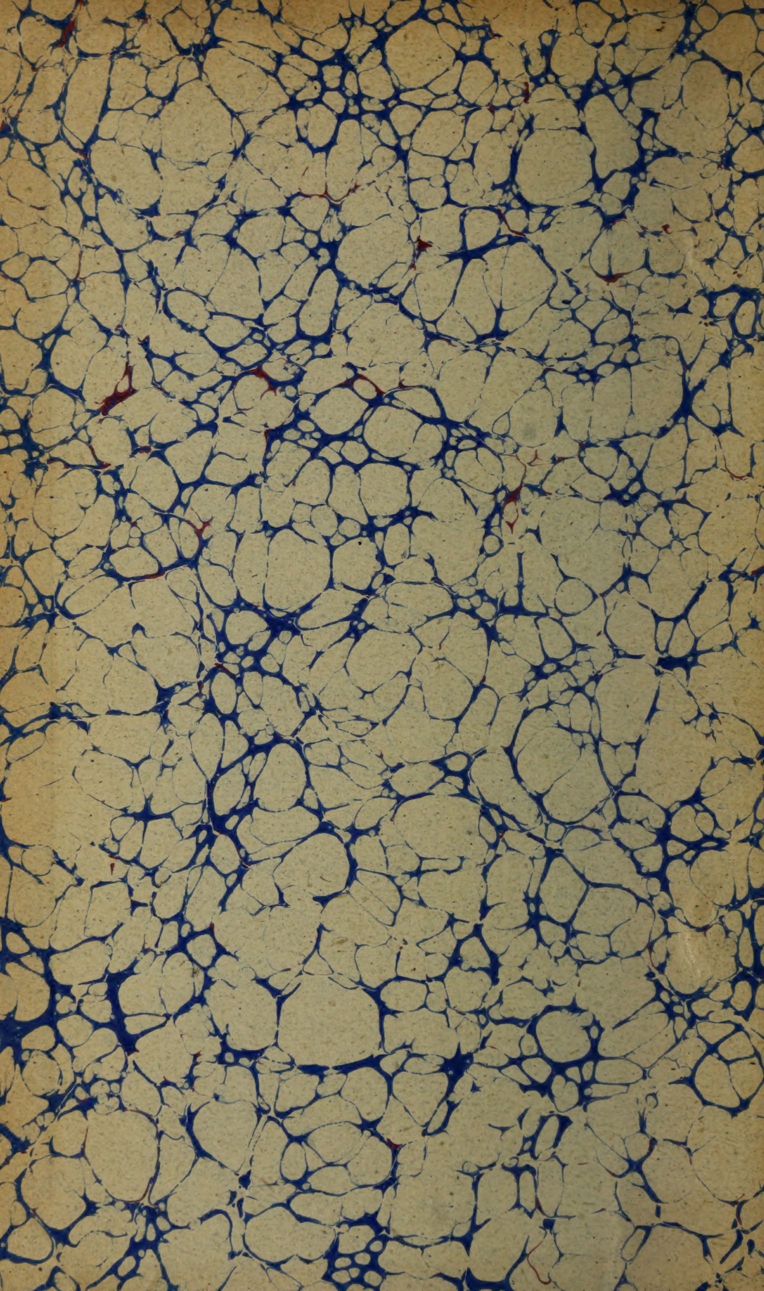
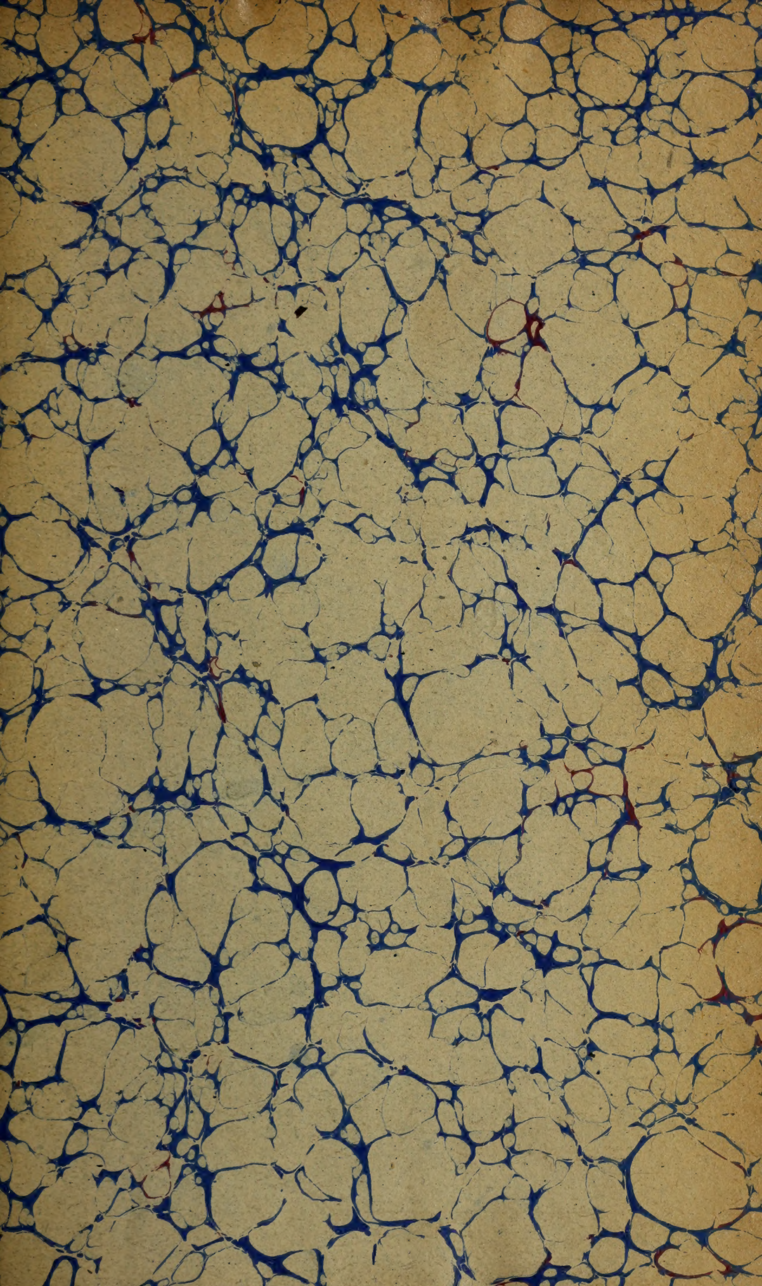

3 1761 09545982 2





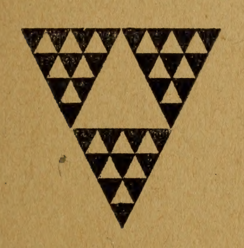
ENRIQUE DE MESA

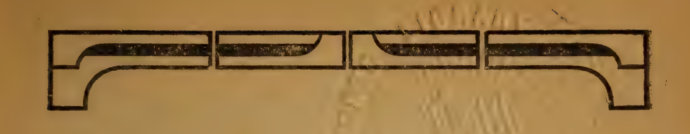
CANCIONERO CASTELLANO

2 PESETAS

Imp. de P. Fernández
Valverde, 33, Madrid

CANCIONERO CASTELLANO





CANCIONERO CASTELLANO

SU AUTOR

ENRIQUE DE MESA



MADRID. — MCMXI
Imprenta de P. Fernández
33, calle de Valverde. 33



Á LOS PASTORES DE LA SIERRA
Á LOS TERRUÑEROS DEL LLANO

AL AMANECER SERÍA...

Al amanecer sería...
Abrí del alma la puerta,
y á la luz del alba incierta
vi la tierra, y dije: «Es mía».

Señora, la sinrazón,
Rocinante, Clavileño,
aguda lanza, el ensueño,
y la adarga, el corazón.

Y á correr tras la quimera,
y á luchar, y á ser vencido,
y las mozas del partido...
¡Oh, mi Doña Molinera!

La ruta, tediosa y larga,
y la lanza que se embota
al primer encuentro, y rota,
teñida en sangre, la adarga.

«¿A dónde va el caballero
sangrando del corazón?»
—Habla siempre la razón
por boca del escudero.—

...Luego, la melancolía,
Como al manchego de antaño,
cordura triste al engaño
de la razón me volvía.

Y andar á suerte y ventura,
con la nieve y con el hielo:
sobre mi cabeza, el cielo;
bajo mis pies, la llanura.

Al reposar del camino
en la venta castellana,
los ojos de una serrana,
con un vaso de *bon vino*...

¡En el solar noble y viejo
á solas con mi amargura!...
¿Y qué tristeza perdura
con un trago de lo añejo?

Lucía el sol en el llano,
el vivo sol de la raza,
el que rió en la coraza
del viejo Cid castellano.

Di al duro viento la cara,
y, en mi pena, sonreía.
¡Pinos, los de Navafría!
¡Cumbres, las de Peñalara!

Y mi espíritu, disperso
en malandanzas de amor,
fundido por el dolor
halló su troquel: el verso.

Y fué mi canción sencilla.
Moneda de mi terruño,
honró su metal el cuño
de la gloriosa Castilla.

Y pensé, ¿mi alma de amianto
rearderá en lumbrada roja?
¿Acudirá la congoja
sentimental con su llanto?

¿Acaso la flor que quiero,
la bella y fragante flor,
nacida para mi amor
no aromará mi sendero?...

Y el corazón, que llamea,
dice en roja llamarada:
«Confía. No fué segada
de tu campo Dulcinea.»

* * *

Ya conocéis mi destino.
Soy poeta y español,
y no quiero más que sol
y mujer en mi camino.

SERRANILLAS

CAMINO DE NAVAFRIA

Camino de Navafría
sube alegre la serrana,
golosa fruta temprana,
gala de la serranía.

Cruza el denso robledal
de la pendiente ladera.
¿A dónde va, mañanera,
la alondra del pegujal?

¿Cómo tan sola se atreve
á internarse en la vereda
si aún luce al sol la roqueda
su blanca toca de nieve,

y dice un pastor que hogaño,
encanecido el abril,
llega el lobo hasta el redil
y hace presa en el rebaño?

¿No te acuerdas del cantar?
«La moza alegre subía,
y una tarde, en el pinar,
perdió toda su alegría».

En su alborada feliz
la moza el miedo desprecia,
hija de la «chata recia»
que diera amor á Juan Ruiz.

Lleva roja gargantilla;
la que prendado vaquero
le mercara al buhonero
en la feria de Pinilla.

Caminito del alcor
bordea el puro regato,
que en el alcor está el hato,
y en el hato, su pastor.

Atrocha por la retama,
y, al abocar el calvero,
desde el borde del sendero
su zagalillo la llama.

La mano de azul teñida
por la calceta, el pastor
le tiende, torpe de amor,
á la zagala encendida;

mas la moza le rechaza,
con los ojos sonrientes,
mientras que los blancos dientes
hunde en la morena hogaza.

Y él, rendido y zalamero,
llena un cuenco con el vino,
que al pasar por el camino
le dejara otro cabrero,

—castizo jugo español,
vinillo de la ribera,
perdurable primavera
que sabe á tierra y á sol.—

Luego silencio. La brisa
perfumada del pinar
coge ligera, al pasar,
la vibración de una risa.

Y Amor huele á mejorana,
y á tomillo, y á cantueso,
lo mismo que sabe un beso
de labios de una serrana.

. . . .

Mozos que lloráis la ausencia
de amor, que no se quebranta,
en el horno de Garganta
y el molino de Canencia,

¿no barruntábais que hogaño
llegara el lobo en abril
á llevarse del redil
la cordera del rebaño?

* * *

Del puerto de Navafría
baja triste la serrana,
golosa fruta temprana,
gala de la serranía.

Prendido su corazón
entre juramentos deja,
como en la zarza la oveja
deja prendido el vellón.

Allí queda su zagal;
y temblorosa de miedo
la moza cruza el robledo
camino del majadal.

¡Ay de la maledicencia
que un aire sutil levanta
desde el horno de Garganta
al molino de Canencia!

La mano de azul teñida
tiene como su pastor,
y en sus labios el amor
dejó la fruta mordida.

* * *

Moza: si por tu desliz
hoy Pinilla te desprecia,
válgate la «chata recia»
del arcipreste Juan Ruiz.

DIME LA COPLA, JIMENA...

«Ya se van los ganados
á Extremadura;
ya se queda la sierra
triste y oscura.
Ya van marchando.
Más de cuatro zagalas
quedan llorando.»

(Popular.)

Dime la copla, Jimena...
Aroma la cantilena
su voz armoniosa y pura:
Ya se van los ganados
á Extremadura.

En silencio el majadal;
desierto el agreste chozo,
refugio del pastor mozo
á orillas del pastizal.
Ténue ventisca otoñal
presagia invernada dura.
Ya se queda la sierra
triste y oscura.

Ya blanquean los borregos
el verdor de la cañada;
los zagales cañariegos
dan al aire su tonada.
Ya van marchando.
Más de cuatro zagalas
quedan llorando.

Hacia remoto confín,
á un silbo el rebaño arranca:
armado de su carlanca
le escolta, fiero, el mastín.

Morena moza, fragante
como tomillo salsero,
ve partir el trashumante
rebaño desde el sendero.

—¡Noche alegre de San Juan,
noche de fuego y de amor
en que al ejido galán
bajó del hato el pastor!

¿Será su amor zalamero
flor de almendro tempranero
que mata el cierzo invernizo,
ó será tronco roblizo
de la lumbre trashoguero?...

Como el agua del regato,
saltarín y bullidor,
bajaba el zagal del hato
por las veredas en flor.—

En la paz de la mañana,
junto al dulzor del balido,
disuena el agrio ladrido
de la perra trujillana.
El cristal de una fontana
entre las guijas murmura:

Ya se van los ganados
á Extremadura.

Zagala, cierra tu zarzo
que es duro el viento invernal;
si viene dulzura en marzo
pronto tornará el zagal.
Hay niebla en el roquedal
y otoño nieva la altura.

Ya se queda la sierra
triste y oscura.

Al tramontar el alcor,
perdidos entre la bruma,
lejano silba el pastor
al rebaño que trashuma.
Tras el mastín ladrador
van los corderos balando.

Ya van marchando.
Más de cuatro zagalas
quedan llorando.

PASTORES DE MAJAVIEJA...

—Pastores de Majavieja,
zagales los del Hoyón,
los que apriscáis vuestras cabras
al pie del Cancho Mayor.

Decidme si, por ventura,
vuestro majadal cruzó
la espiga más codiciada
que grana en mi trigalón.

Marchóse de amanecida,
antes del primer albor,
al punto que las alondras
cantan, barruntando el sol.

Íbase con el hatero,
como otras veces marchó,
para llevar la remuda,
pan y sebo á mi pastor.

—Por aquí pasó el hatero;
iba solo como vos,
con su yegua la cuatralba
y el potrillo retozón.

—¿No la vistéis los cabreros?
¿No vistéis mi blanca flor,
pastores de Majavieja,
zagales los del Hoyón?

—Caminaban sierra arriba
cuando el alba clareó;
el zagal iba encendido,
la mozuela sin color.

Por aquí pasó la moza
con el vaquerizo Antón,
el que viene de Castilla
cuando empieza la calor.

—Si la vistéis, los cabreros,
muertos os contemple yo;
que no echastéis los mastines
de los hatos al ladrón.

—Por la senda se perdieron,
en compaña y con amor;
el hatero iba delante,
pero solo como vos.

—¿No acosara al vaquerizo
vuestro perro ladrador?
—El cachorro trujillano
silencioso los miró.

—¡No librásteis la ovejuela
del lobezno robador!
—Cada cual cuide su chozo
y gobierne su zurrón.

—Dios maldiga vuestros hatos,
pues burlais con mi dolor,
pastores de Majavieja,
zagales los del Hoyón.

HA LLOVIDO CON FURIA...

Ha llovido con furia...
y el agua de la noche
se descuelga, cantando,
por las quiebras del monte.

Bravea en los canchales,
se embalsa en los hondones,
los oteruelos llena
de efímeros rumores.

Rebosa en la angostura
de las tajadas hoces;
por los borrosos surcos
de los barbechos corre.

Y, la llanura abajo,
su bronco y grave acorde
estremece á la tierra
que, sedienta, la absorbe.

¡Cómo se ensoberbecen,
henchidos hasta el borde,
los arroyos mendigos
y los regatos pobres!

Las caceras humildes
enronquecen sus voces,
apagadas y ténues
al rigor de los soles.

De las nubes rezagos,
vagan gríseos vellones,
que en los pinos se enredan
y en las hoyas se esconden.

En hogueras, que lucen
bajo canchos enormes,
los cabreros enjugan
sus mojados zajones.

Y asoman en las claras
del pasto, entre los robles,
sus pétalos morados
los «espantapastores».

Acá y allá impeliendo
los plúmbeos nubarrones,
en el campo celeste
luchan Sur contra Norte.

Y puede más la lanza
del Cid, ardida y noble,
que el lanzón de locura
de nuestro Don Quijote.

SE TORNA EL CIELO NEVOSO...

Se torna el cielo nevoso
seda joyante de añil.
Ya se escucha el rumoroso
celeste canto de abril.

Y al disiparse las brumas
luce el claro sol sin velo,
y alborotan las espumas
rota la cárcel del hielo.

Hijo del agrio canchal,
donde en regazo de nieve
su alada voz de cristal
nace susurrante y leve,

un regato de agua clara,
juguetón y saltarín,
baja desde Peñalara
cantando á Majarrocín.

Espumante, corre y brilla
rebotando entre las peñas;
manso después, en su orilla
beben las albas cigüeñas.

Y sus cantos cristalinos
tienen salmodia de rezo
al cruzar bajo los pinos
y entre las ramas del brezo.

Al salir de las barrancas,
fuera de los helechales,
con las margaritas blancas
salpica los pastizales.

¡Quién creyera que el nevero,
ya cristal murmurador,
con las canas de su enero
estaba encinta de flor!

Al eco de su alegría
en las castellanas vegas
comienza la pastoría
sus andanzas cañariegas.

Van pastores y cabreros,
recios y curtidos mozos,
alegrando en los oteros
los abandonados chozos.

Y entre canchos y retamas,
allá, en las altas laderas,
los denuncian con sus llamas
ondulantes las hogueras,

ó, custodio del ganado,
el eco de algún ladrido,
que de barranca en collado
rueda en la sierra perdido.
. . . .
. . . .

Regato de Peñalara:
cuando tu nieve fundida
es, monte abajo, agua clara,
nuncio de la nueva vida;

cuando cantan, al hechizo
de tu voz primaveral,
el vaquero en su boyizo
y en su majada el zagal;

cuando tu caudal se acrece
bajo el sol, con el deshielo,
y enlozana y reverdece
la yerma costra del suelo,

y resuenan las cañadas
con el rumor de tus risas,
y aroman, embalsamadas
por los pinares, las brisas,

tendido bajo las frondas,
tembloroso de emoción,
quisiera un cauce á tus ondas
labrar en mi corazón.

VOZ DEL AGUA

MADRIGAL

Era pura nieve
y los soles me hicieron cristal.
Bebe, niña, bebe
la clara pureza de mi manantial.

Canté entre los pinos
al bajar desde el blanco nevero;
crucé los caminos,
di armonía y frescura al sendero.

No temas que, aleve,
finja engaños mi voz de cristal.
Bebe, niña, bebe
la clara pureza de mi manantial.

Allá, cuando el frío,
mi blancura las cumbres entoca;
luego, en el estío,
voy cantando á morir en tu boca.

Tan sólo soy nieve,
no me enturbian ponzoña ni mal.
Bebe, niña, bebe
la clara pureza de mi manantial.

ALEGRIAS CASTELLANAS

LA LLUVIA

Entró por las bocanas de los puertos,
encapuchó las crestas,
se enredó en los piornos de las cimas,
rodó por las laderas;
arrastró por hoyadas y barrancos,
en lacrimosas nieblas,
la rota fimbria de su manto grisco,
—bendición y promesa!
para los mustios y sedientos prados
de la campiña seca.

Horadaron el polvo del camino
con pesado rumor sus gotas gruesas.
Rumoreó en las frondas de los pobos
la ventolina fresca,
levantando en fugaces remolinos
por los senderos la hojarasca muerta.
En torno del lugar, las golondrinas
revolaron rastreras,
casi tocando las azules alas
en la agostada hierba.
Huyeron las gallinas, temerosas,
al abrigo de bardas y de cercas.
Una mujer pasó bajo el cobijo
de su falda mugrienta.
Con el dulce sonar de sus esquilas
bajaba hacia la aldea
desde el alcor vecino
un rebaño de ovejas...
Y la lluvia hasta el valle descendía
como cortina inmensa,

mecida de unos montes á otros montes
por las alas del viento de la sierra.

¡Oh, la fuerte canción de la esperanza,
gloriosa canción vieja,
cantada por los hombres y las aves,
por árboles y piedras,
cuando las rotas nubes, jironadas,
huyen por las laderas,
empapando los surcos con el jugo
de sus entrañas negras,
mientras el padre sol vierte su vida
en rodales de luz sobre la tierra!
Todo ríe: la tolva en el molino,
con el rumor de la crecida presa;
las barbechos parduzcos, encharcados,
reflejando la luz; las rastrojeras;
los seculares álamos del río,
que con el aire tiemblan;

los pinares austeros, cuyas frondas
se recaman de perlas....
hasta, bruñidas por el sol, fulgentes,
altivas y soberbias,
coronadas del vuelo de las águilas,
las graníticas crestas.

Tempero de los surcos castellanos
en la cercana siembra;
ilusión del sufrido terruñero,
que venturoso sueña
con el trigal granado, en la abundancia
de pródiga cosecha,
y la parva fragante,
rubia flor de las eras,
y la mies aventada, monda y limpia,
de las trojes repletas,
sin los duros azotes de la helada,
del viento y de la piedra...

¡Oh, qué dulces se escuchan tus acentos
junto á los troncos del hogar que humea,
canción de la esperanza de los campos,
gloriosa canción vieja!

LA BUENA COSECHA

Bulle de gozo el corazón;
el agua quiebra su cristal:
canta el molino su canción
moliendo el oro del trigal.

«Áureo tesoro en mí se encierra
de la granada espiga rubia,
oro que acuña parda tierra
con luz de sol y agua de lluvia.

No bajó el lobo hasta el aprisco;
propicia fué la sementera,
y sin helada ni pedrisco
pasa por fin la primavera.

Aguas fecundas y templanza
pueden tus males remediar:
calma del cielo la bonanza
las inquietudes del hogar.

Torna el cigüeño con su hembra;
posa su amor en la espadaña,
cuando los brotes de la siembra
la luz de un sol, ya tibio, baña.

Mueven las auras estivales
del mar de mies las áureas olas;
muestran heridas los trigales
rojas, con sangre de amapolas.

Sin el azote de tormentas,
bajo del sol—toda Castilla—
pasan las dulces tardes, lentas
en las labores de la trilla.

Llena tu albergue la fragancia
de año feliz que trajo pan;
colma el granero la abundancia,
dicha que es logro de tu afán.

Nada al mendigo se le niega,
al vagabundo se le acoge.
¡Roja alegría de bodega!
¡Rubia abundancia de la troje!

Habrá tabaco para el viejo,
guitarra y vino para el mozo;
tras el carmín de un zagalejo
irá el amor lleno de gozo.

Deja el vaquero con su abarca
la soledad de las florestas;
saca del fondo de su arca
el traje rico de las fiestas.

De tu ventura rara goza
en tu terral, pegujalero:
podrás al fin casar la moza
sin que te embargue el usurero.

No esté tu cara cejijunta;
libre serás de la miseria.
Si está cansada ya tu yunta,
ve á la ciudad cuando la feria.

Luego á cavar. Bajo este cielo
que da alegría y amargura.
Luego á sembrar. En este suelo
que habrá de ser tu sepultura.»

Bulle de gozo el corazón;
el agua quiebra su cristal;
canta el molino su canción
moliendo el oro del trigal.

Y LA GLORIA DEL SOL...

Y la gloria del sol es un trïunfo
en un cielo de azur. La rubia parva
—pan de la vida y oro de la tierra—
tendida sobre el heno de los campos,
gime bajo los trillos, como gimen
las espigas de ensueño maceradas
por trillos de dolor. Cerca, las cumbres,
los fuertes robles, las roquedas bravas,
el cielo castellano, zarco y limpio,
el regio manto del pinar que pende

desde los hombros del hercúleo monte.
Y la albura de nieve, en que los ojos
beben blanca pureza. Y los regatos
con su voz de cristal. Y las canciones
del pinar centenario, en que la brisa
finge manso oleaje. ¡Oh! que mi alma
por la tierra se esparza y se difunda,
y sienta amor por todo lo creado;
por la piedra y el árbol, por las aves,
por la fontana pura, donde ríe,
hecha cristal, la nieve de las cimas.
Y que el torrente de la sangre bulla
y sea el corazón todo una llama.
Y que las mieles del amor se viertan
en labios de mujer. ¡Oh! los aromas
de la pródiga tierra florecida,
aliento de mujer sana y fecunda.
Hay que vivir la vida intensamente,
y gozar y sufrir. Que el alma roja
vibre y llegue á romperse de ventura.

Y si la muerte con su voz nos llama,
y nos ofrece sus morenos brazos
nuestra madre la tierra, que los huesos,
al pudrirse en su entraña, críen flores.
Y que las corten femeninas manos.
Y que se enreden en los negros rizos
de una mujer que por amor suspire.

AGOSTO

Quema el sol. Y los ojos
solo ven la llanada
infinita, surcada
de amarillos rastrojos.

Primavera con lluvia.
Junio libre de piedra.
¡Cómo se colma y medra,
la troje de mies rubia.

Envuelto en la calina
por la recia solana,
á la aldea cercana,
lento, un carro camina.

Y gigante en la gleba
del llano amarillento,
su majestad eleva
un molino de viento.



TRISTEZAS CASTELLANAS

EL NIETO DE QUIJANO

Al abandonar la venta
tópome con el hidalgo:
va seguido de su galgo
por la tierra amarillenta.

Es un hombre cincuentón,
alto, seco, amojamado,
con un gesto entreverado,
circunspecto y socarrón.

Ni el más leve aliento sopla.
Quema el sol desde la altura.
Sólo alegra la llanura
la pereza de una copla,

—tosca flor de un trajinante,
que, al cruzar la carretera,
para doña Molinera
tiene un recuerdo galante.—

Yo observo el arreo extraño
del hidalgo labrador,
que se guarda del calor
con recia capa de paño.

Amplio sombrero de anillo
preserva de los rigores
del sol, sus inquisidores
ojos de parduzco brillo.

La camisa sin corbata.
Una burda correhuela
calza la oxidada espuela
sobre la sucia alpargata.

Ni de buen pelo ni lucio,
la vista baja y mohina,
por sobre el polvo camina,
cansado y lento, su rucio.

La llanada muda y grave
en su grísea infinitud.
Todo es silencio y quietud.
Ni un arroyuelo, ni un ave.

De vez en vez las cigarras;
y entre gasas de calinas,
lejanos grupos de encinas
polvorientas y chaparras.

Ya cercano de una aldea,
y á la vera del camino,
en un barbecho, un molino
pausado el aspa voltea.

—«A moler trigo se atreve
—dice el hidalgo furioso—;
pero ya verá el tramposo
si no paga lo que debe».—

Y frunciendo el entrecejo,
sigue: —«Yo haré que se venda,
por la justicia, la hacienda
de ese miserable viejo.»

Enhiesto en el pegujal,
sobre aquella tierra esclava,
el molino murmuraba
la abundancia del trigal.

Luego campos, rastrojeras,
tierras baldías, eriales,
azulados y eternales
horizontes de quimeras.

En la atmósfera, pesada
del bochorno, densa nube
de polvo, se arrastra y sube
por una tierra labrada.

Y un rebaño, que remembra
otro rebaño famoso,
marcha unido y silencioso
por los surcos de la siembra.

—«Estos carneros son míos;
fueron de un hidalgo loco,
que la hacienda, poco á poco,
perdió con sus desvaríos.»—

Y alegre mirada arroja
sobre la mansa legión,
cuyo mugriento vellón
retiñe la marca roja.

Amodorrado me duermo.
Tengo sed. No hay una fuente
ni un verdor en el ardiente,
desnudo terruño yermo.

Colúmbrase en lontananza,
perdido en la tolvanera
blanca de la carretera,
un grupo negro que avanza.

Es un convoy de miserias,
hambre del pueblo español,
que muestra á la luz del sol
sus lacras y sus lacerias.

De los humanos rediles
pobres gentes descarriadas,
tristes, sucias, maniatadas,
con custodia de fusiles.

Dice el hombre: «Condenados,
vais á enderezar los tuertos.
Ya, ni asolaréis los huertos
ni robaréis los ganados.»

Y la mirada corvina
de su pupila sangrienta,
azota á la macilenta
gente que marcha cansina.

En el poivo se ha perdido.
Un lugar cercano humea.
El galgo corre y rastrea,
lanzando alegre ladrido.

Junto á un paso de herradura
el hidalgo me previene
que va á apartarse; detiene
la enteca cabalgadura.

Y plantado de través
en el borde del sendero,
derribándose el sombrero,
se ofrece humilde y cortés:

—«Me llamo Alonso Quijano,
y en lo que gustéis mandar,
soy alcalde del lugar
que allí asoma».—Y con la mano

me señala un pueblecillo
que entre tierras de rastrojos
sólo destaca á los ojos
su campanario sencillo.

—Yo evoqué tu sinrazón,
loco de santa locura,
que regaste la llanura
con sangre del corazón.

Tú, que segaste á cercén
brotes ruines de maldad,
y sembraste caridad,
y amor, y justicia, y bien...

. . . .

Lanza el caballejo al trote.
Y al alejarse en el llano,
pienso yo: «¡ Cuándo Quijano
volverá á ser Don Quijote !»

YA SE VAN LOS QUINTOS, MADRE

Ya se van los quintos, madre;
ya cruzan el robledal.
Dejan la tierra sin brazos
y los panes sin segar.
Tórnase en hierro de guerra
la herramienta de la paz.

Ya se van los quintos, madre;
sabe Dios si volverán.

Ya se pierden por la sombra,
río arriba, en el pinar;
por aquel sendero blanco
que se borra en el canchal.

Ya se van los quintos, madre;
sabe Dios si volverán.

Veo el ramo de amapolas
en su mano rojear;
gotas de sangre, cogidas
al paso por un trigal.
Dios no quiera que la suya
vaya otro campo á regar.

Ya se van los quintos, madre;
sabe Dios si volverán.

Tornaron cuando las hazas
eran promesas de pan.

Ya anidaban las cigüeñas
en la torre del lugar.
La blancura de las cumbres
era en el valle cristal.
La pobre madre reía
junto al fuego del hogar.

Ya se van los quintos, madre;
sabe Dios si volverán.

Aquel uniforme majo,
guardado con tanto afán
en el cofre, que aromaban
perfumes del tomillar;
el uniforme que hacía
tan caballero al zagal,
vuelve la madre, con llanto,
del arca vieja á sacar.
Por campos y por ciudades
resuena un aire marcial.

Ya se pregona la guerra
al otro lado del mar.

Ya se van los quintos, madre;
sabe Dios si volverán.

—Brota sangre de una herida
que no logro restañar;
sangre que apagó mi fuego,
sangre que me amarga el pan.
Que fuí madre de otro mozo
que se marchó del lugar
por aquel sendero blanco
que se borra en el canchal,
cuando el sol de las cosechas
era un dulce sol de paz...
Y las cigüeñas volvieron;
pero el pulido zagal
murió con mozos hermanos
al otro lado del mar.

—Es la patria quien lo pide,
madre, cesa en tu llorar.
—Pobre patria la que deja,
bajo un dulce sol de paz,
la campiña sin sus brazos
y los panes sin segar.
¿Por marchar el hijo mozo
cosechas se lograrán;
habrá abundancia en las trojes
y alegría en el lagar?
—Es la patria quien lo pide.
—¿Patria que tristezas da;
patria que entierra sus hijos
al otro lado del mar?

Ya se van los quintos, madre;
sabe Dios si volverán.

EL RETORNO A LA PATRIA

ORACION

Por los hondos dolores, por los males acerbos
que sembraron de lutos el solar español:
por los muertos, el pasto glorioso de los cuervos:
por los que se pudrieron bajo el fuego del sol.

Por los pobres hogares españoles en ruina:
por las madres sin hijo: por los hijos sin pan:
por el trágico aliento de la costa vecina,
donde tantos vencidos sin lucha dormirán.

Por los que padecieron flaqueza, miedo y llanto:
por los que combatieron sin comer ni beber:
por los que soportaron, viriles, su quebranto:
por los que desmayaron con alma de mujer.

Por las debilidades y el terror de las bajas:
por el ansia latente de una gloria triunfal:
por las viles calumnias, pavorosas mortajas
de los que sucumbieron henchidos de ideal.

Por los que agonizaran al pie de las chumberas,
heridos de sorpresa, por la espalda, á traición:
por los que se envolvieron en trozos de banderas,
lozanas con la roja sangre del corazón.

Por los que en su agonía gritaron: ¡Viva España!:
por los que se adornaron con laureles de muertos:
por los que nos llevaron, ciegos, á la campaña:
por tantas ignorancias, por tantos desaciertos...

Por vosotros al viento la enseña bendecida
en triunfos y derrotas, en glorias y reveses;
la bandera que muestra, como símbolo, unida
la sangre de sus hijos al oro de sus mieses.

Por vosotros la pompa de marciales desfiles,
y el pueblo y los soldados en clamoroso haz,
y el rodar de cañones y el brillar de fusiles
bajo el sol empañado de una efímera paz.

MI LAUREL

He de forjar mi nombre en el combate;
dará mi espada al sol su centelleo,
y en la humildad de mi marcial arreo
pondrá el valor emblema de magnate.

Si el enemigo ante mi ardor se abate
será su victa enseña áureo trofeo
que he de rendir, temblando en mi deseo,
á un corazón que con el mío late.

Y alejado por fin de las guerreras
lides en que alcanzara la victoria,
amigas de la sangre y de las balas,

tendidas sobre el lecho las banderas,
perfume un cuerpo de mujer su gloria...
y la paz del amor tienda sus alas.

EPITAFIO

Con óleo de tu boca sea mi boca ungida
si la muerte me rinde con su fatal beleño,
cuando en la sombra arcana del perdurable sueño
se apague el aurirrojo llamear de mi vida.

Que la sabia caricia de tu mano fragante
un supremo perfume deje en mi carne impreso;
y así, contra la sombra me lanzaré arrogante,
llevando como escudo la gloria de tu beso.

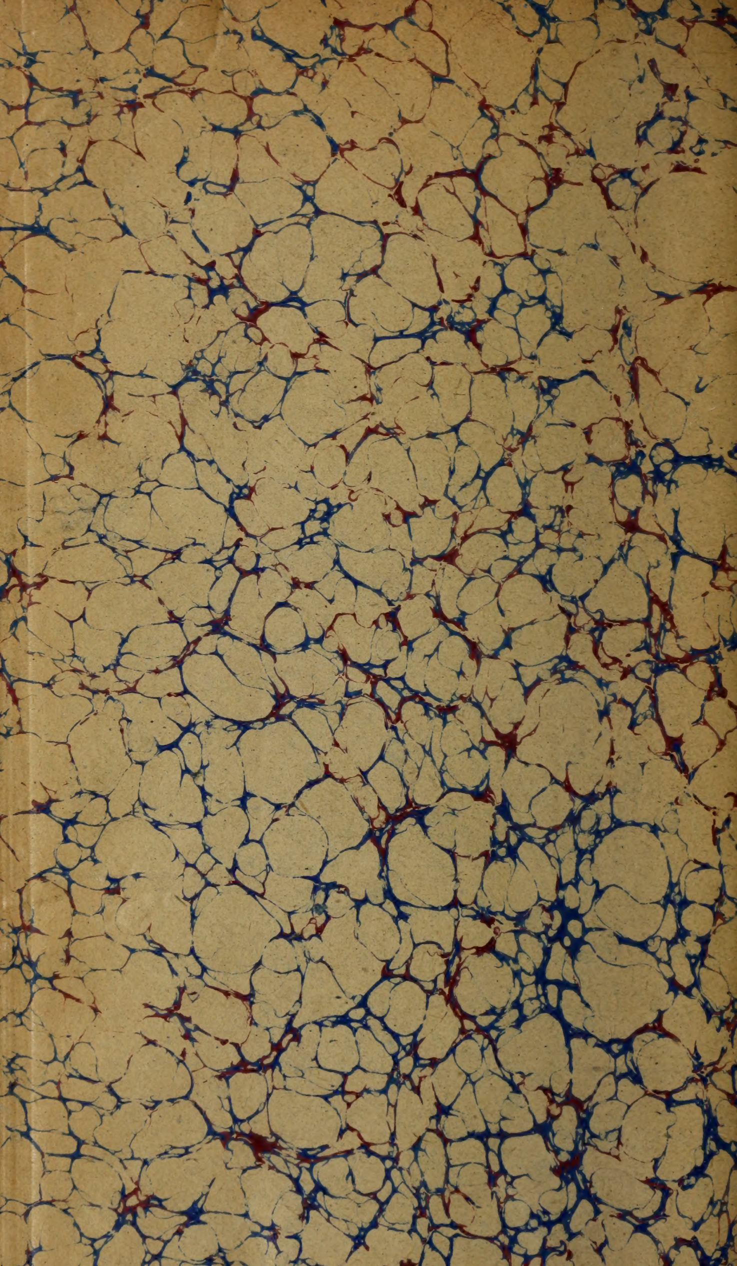
Que el rosal de tu alma tenga siempre una rosa
para mi sepultura de amante sin hastío,
y donde el cuerpo duerma, sobre la dura losa,
esta inscripción se grabe para recuerdo mío:

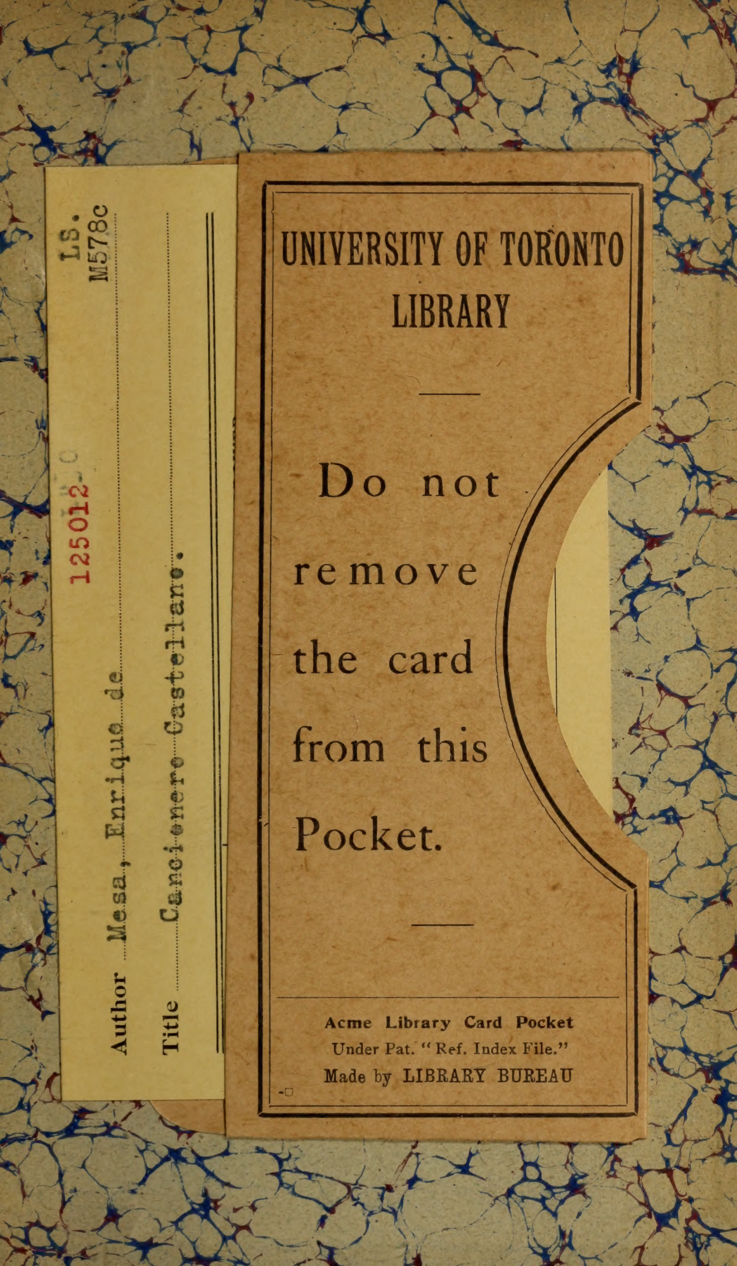
«Fué un hidalgo poeta del solar español.
Ni ejercitó derechos, ni se amoldó á deberes.
Gran señor de la vida, se la dió á las mujeres...
Y gustó el placer único de vagar bajo el sol.»

ÍNDICE

OBRAS DEL AUTOR

		Pesetas
VERSO		
	Tierra y alma.	2
	Cancionero castellano	2
PROSA		
	Flor pagana.	3
	Tragicomedia (Biblioteca Mignon) . . .	0,75
	Andanzas serranas (Biblioteca Renacimiento).	1,50




LS.
M578c
125012
Author Mesa, Enrique de
Title Cancionero Castellano.
UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY
Do not
remove
the card
from this
Pocket.
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU

